

Eugenio Coseriu–Óscar Loureda Lamas: Lenguaje y discurso. , Pamplona, , pp.

Recoge este volumen siete artículos de Eugenio Coseriu—dos de ellos inéditos en español—y uno de Óscar Loureda Lamas, con el claro propósito de reivindicar la lingüística del texto tal como la entendió el ya fallecido autor rumano en trabajos como “Determinación y entorno: dos problemas de una lingüística del hablar” y *Textlinguistik: eine Einführung*. Desde esta perspectiva se concibe el texto no como actividad—como sí lo son el hablar en general y la lengua en los niveles universal e histórico, respectivamente—sino como actividad o producto del nivel individual del lenguaje.

Los ocho artículos de los que consta este trabajo pueden agruparse en cuatro líneas fundamentales: cuestiones que atañen a la naturaleza propia del lenguaje, fundamentos teóricos de la lingüística del texto como hermenéutica del sentido, delimitación de diversos tipos de textos y aplicación práctica de los instrumentos teóricos elaborados por Coseriu.

El artículo “El lenguaje entre $\varphi\upsilon\sigma\epsilon\iota$ y $\vartheta\epsilon\sigma\epsilon\iota$ ” trata el tema de la arbitrariedad del signo lingüístico, haciendo una serie de importantes precisiones sobre las diversas formas en que los autores clásicos entendieron la dicotomía entre “naturaleza” e “imposición” en el lenguaje, pues no todos lo hicieron en un mismo sentido. Coseriu señala a Platón y a Aristóteles como los grandes superadores del problema de la naturaleza del signo lingüístico. El primero ya intuyó la diferencia entre el denominar—que ya no se identifica con el significar—, y el decir, ámbito en el que, a diferencia del anterior, es posible establecer rela-

ciones de verdad o falsedad. Por su parte, Aristóteles es el primero en plantear que lo relevante en la motivación de los signos lingüísticos no es su causa—su “por qué”—sino su finalidad—su “para qué”—, estableciendo además una distinción fundamental entre significado, denominación y verdad, que la lingüística posterior no siempre ha tenido en cuenta.

En “Lenguaje y política”, Coseriu estudia lo político en relación con el lenguaje. Por una parte, habla del lenguaje político entendido como uso lingüístico propio de la actividad política, lo que incluiría el léxico político, el modo en que los signos lingüísticos se emplean en la política o los procedimientos utilizados en los discursos políticos. En este sentido, el lenguaje político no es esencialmente distinto de otros tipos de lenguaje, en tanto que no presenta unas técnicas específicas de análisis. Pero lo que más interesa a Coseriu en este artículo es destacar lo político como aspecto esencial del lenguaje, en tanto que el ser humano pertenece siempre a una comunidad lingüística, a una tradición, lo cual supone, a su vez, diferencias con respecto a otras comunidades, en relación con lo que Coseriu llama la “alteridad” del lenguaje. En este sentido, el autor rumano se detiene en cuestiones relacionadas con la política lingüística, como conjunto de actividades dirigidas a regular los comportamientos lingüísticos dentro de una determinada comunidad, observando, en el caso concreto del ámbito hispánico, aspectos positivos y negativos.

El breve trabajo inédito “La lingüística del texto como hermenéutica del sentido” apunta de forma muy escueta los planteamientos teóricos utilizados para justificar dicha ciencia. En la mis-

ma línea, el artículo de Óscar Loureda Lamas “Fundamentos de una lingüística del texto real y funcional”, que pone fin al libro, trata con más detenimiento dichos planteamientos y establece una triple perspectiva — universal, histórica e individual — a la hora de abordar el texto como objeto de estudio. Desde el punto de vista universal, se hace necesario delimitar los aspectos esenciales del texto, en otras palabras, qué rasgos definen la textualidad de dicho objeto; desde el punto de vista histórico, en tanto que el texto está siempre inserto en una determinada tradición discursiva, señala Loureda la posibilidad de establecer una tipología textual, entendiendo los tipos de textos como géneros funcionales en el hablar de cada comunidad; por último, en tanto que cada texto individual constituye un objeto concreto e irrepetible, es necesaria una hermenéutica que interprete, describa y analice su sentido.

Es muy importante advertir el hecho, que señala bien Loureda, de que en la terminología de Coseriu, el texto tiene dos acepciones: en una de ellas alude al tipo de unidad superior a la oración, que se adscribe a la lengua como nivel histórico del lenguaje, y cuyo contenido lingüístico es, por consiguiente, el significado; la otra acepción, que alude a lo que constituye realmente el objeto de la lingüística del texto coseriana, es la de la actividad o producto propia del nivel individual del lenguaje, cuyo tipo de contenido lingüístico es el sentido, frente al significado y la designación, que pertenecen, respectivamente, a la lengua como nivel histórico y al hablar en general como nivel universal. Asimismo, es interesante advertir que, en el trabajo de Loureda, como él mismo explica en una nota, se suele utilizar el término “texto” tanto como referido al produc-

to de la actividad lingüística individual como a la actividad en sí misma, para la cual Coseriu reserva el término “discurso”. Tal vez debiera incidirse más en esta distinción terminológica, dada la importancia que tienen los conceptos de ενεργεια (“actividad”) y εργον (“producto”), en la teoría coseriana.

Una posible aplicación de los fundamentos teóricos de esta lingüística del texto tiene lugar en los artículos “Texto, valores, enseñanza”, donde el autor rumano analiza de qué manera el estudio de los textos puede ser vehículo de una educación moral y cívica, sobre todo en lo que respecta a la valoración del lenguaje como manifestación de la dignidad y libertad humanas, y, por otro lado, “*Orationis fundamenta*: la plegaria como texto”, en el que Coseriu, previo establecimiento del mundo de la fe como uno de los posibles universos del discurso en relación con los distintos modos del conocer humano, y de la plegaria como tipo de texto vinculado a este mundo, lleva a cabo una comparación entre dos versiones diferentes del *Pater noster*.

Un ejemplo de delimitación de distintos tipos de textos se encuentra en los trabajos “Información y literatura” y “Periodismo e historia”. En el primero de ellos, dedicado a establecer los rasgos definitorios del texto literario en oposición a los informativos o periodísticos, Coseriu reniega de las caracterizaciones que se basan en la constatación de hechos en los discursos catalogados como tales, en las estructuras lingüísticas superficiales y en las técnicas de expresión, para fundamentar la suya en la finalidad de dichos textos: en tanto que la de los textos informativos es una finalidad exterior, la de hablar sobre el mundo, la del texto literario es el texto mismo, es

decir, su finalidad es interna, no se dedica, por lo tanto, a hablar sobre el mundo, sino a crear mundos. Otros puntos que diferencian estos tipos de textos son la coincidencia o no del sentido con lo expresado a través del significado y la designación, el tipo de sujeto (empírico o universal) desde el que se construye, la relación con la situación histórica, el destinatario al que va dirigido, su consideración o no como acto político y social y, finalmente, su dimensión ética. En el artículo “Periodismo e historia”, por su parte, Coseriu parte del análisis de la obra de Tobias Peucerus *De relationibus novellis* para hacer una reflexión sobre los aspectos que relacionan y diferencian a estas dos disciplinas. Aunque ambas tratan sobre los mismos hechos, la diferencia fundamental es en cuanto a su perspectiva: en tanto que el periodismo está sujeto necesariamente a un momento actual y a una localización muy determinada, la historia tiene una dimensión universal, pretende llevar a cabo una valoración del pasado para explicar determinado aspecto de un presente al cual se ha llegado.

Pablo Tornero Pastor
Universidad de Cádiz

Maurizio Gatti : Être écrivain amérindien au Québec. Indianité et création littéraire. Préface de François Paré. Cahiers du Québec. Collection littéraire, Hurtubise HMH, Montréal, PP.

«Je ne suis qu’un visiteur parmi vous» — ce sont les propos du préfacier de ce livre savant, afin de désigner l’attitude de l’auteur, qui a envisagé le développement des questions fondamentales, indiquées dans le titre. Visiteur, peut-

être, car Maurizio Gatti, jeune chercheur d’origine italienne, tout en étant étranger aussi bien par rapport aux Amérindiens que par rapport aux Québécois, peut et veut même se tenir à l’écart de son objet de recherche. Il s’érige en observateur et porte son regard sur un objet qui est sinon unique en son genre, il est du moins original. Car, les Amérindiens du Québec qui sont, cela va sans le dire, des francophones, développent leurs expressions littéraires avec un retard considérable par rapport aux Amérindiens anglophones. Évidemment, les causes de ce retard sont multiples, mais elles n’entrent pas dans le cadre du travail de l’auteur, étant donné que cette entreprise de comparaison a été menée, tout récemment, par d’autres chercheurs.

Pour l’auteur, il s’agit donc de s’attaquer à un sujet bien cerné et d’en tirer les premières conclusions solides et bien fondées. Remarquons d’emblée que l’approche d’un «visiteur» d’un objet de recherche surgit relativement tardivement porte en soi quelques avantages. Tout d’abord, l’auteur peut profiter de toutes sortes de théories, culturelles, littéraires, sociologiques, anthropologiques, aujourd’hui de mieux en mieux élaborées qui visent à rendre compte des rapports tels *colonisateurs vs colonisés*, *Blancs vs les Autres*, etc. A partir de Franz Fanon jusqu’aux théories post-coloniales, en passant par les ouvrages de base de Memmi, nous disposons aujourd’hui de tout un outillage théorique et même expérimental pour aborder ce genre de problèmes.

Mais, connaissant l’itinéraire personnel de l’auteur, ce sont, en dehors des renvois fréquents aux théories mentionnées, les observations menées sur place qui s’y ajoutent d’une façon natu-

relle et méthodique, pour produire un texte lisible, clair, solidement basé à la fois sur les expériences personnelles et sur une documentation sérieuse. Son objectif est «d'étudier les conditions de production, de diffusion et de réception de la littérature amérindienne francophone au Québec.» () Objectif apparemment simple, mais qui nécessite la formulation des présuppositions et des réponses bien définies. Notamment et avant tout: qui est écrivain? qui est Amérindien?

Le premier grand chapitre porte le titre *La mise en réserve de l'identité* et le deuxième *l'Écrivain amérindien et la littérature*. Le premier chapitre évoque certains aspects historiques et historico-juridiques tel la *Loi sur les Indiens de 1876* et ses avatars tout au long de l'histoire, jusqu'à nos jours. Car cette *Loi* ne simplifie aucunement la définition de l'appartenance et l'identification. Les questions de la colonisation — si l'on peut nommer ainsi les rapports multiples qui existent entre les communautés amérindiennes québécoises, sont évoquées, aussi bien que la quête perpétuelle de l'authenticité, les manipulations, les jeux de rôles, etc. Au fait, rien n'est simple dans ce monde, dans celui des Amérindiens, ni leur rapport au passé, aux traditions, ni la définition de leur statut à l'intérieur de la société contemporaine. Y a-t-il de vrais et de faux Indiens? Qui sont des *Sauvages*? Que veut dire s'ensauvager? Qui sont des *Autochtones* et qui sont des *colons*? Autant de questions qui se forment non seulement dans ce contexte précis des écrivains amérindiens, mais qui sont également valables dans des contextes beaucoup plus larges, p. ex. dans celui des littératures anglophones, africaines, migrantes, etc.

Trois écrivains amérindiens sont le plus souvent mentionnés: Bernard Assiniwi (*Le saga des Béothuks*,), Michel Noël (*Pien*,) et Rita Mestokosho (*Recueil de poèmes*,). Assiniwi est d'origine algonquaine, auteur d'une trentaine de titres parus, Michel Noël est Algonquin et Canadien-français d'origine, son roman autobiographique obtint un succès considérable, tandis que Mestokosho est d'origine innue et publie en sa langue maternelle et en français. «Traduire elle-même ses poèmes du français à l'innu et vice versa, est pour Rita Mestokosho la façon de garder un certain contrôle sur sa création et de revendiquer une autonomie absolue.» () Gatti démontre, par une analyse très fine, les preuves et les failles de leur identité amérindienne, dont les composants sont multiples: sang, connaissance de langues, physique, mode de vie, etc.

Les trois écrivains dont nous trouvons les noms le plus souvent mentionnés illustrent très bien toutes les ambiguïtés du statut d'un écrivain amérindien. Eux-mêmes ils entrent volontiers dans le vif du sujet. Interviews, récits autobiographiques, conversations personnelles fournissent suffisamment de matériel pour saisir toute la complexité de leur identité. Quelques points principaux sont à retenir, comme leur rapport aux traditions, leur rapport au français et la question de l'oralité vs écriture.

Le premier point peut être illustré par les nombreuses transcriptions des légendes et des mythes, sous forme de conte, poésie, roman, voire pièce de théâtre. Les conséquences purement esthétiques de ce passage ne sont pas négligeables: «Quand un texte paraît uniquement en français, les écrivains ont tendance à y intégrer des marques d'oralité et de nombreuses ex-

pressions vernaculaires, d'une part pour représenter des réalités spécifiques et, d'autre part, pour recréer une atmosphère que seuls certaines expressions amérindiennes peuvent rendre. Ils expriment ainsi, même en français, leur particularité.» () L'usage du français est non moins problématique. Car, tous ne possèdent plus une langue propre, leur seul moyen d'expression est le français. Or, même pour le français, toute une série de questions peut se poser, exactement comme pour les écrivains québécois, notamment : écrire en français, mais dans quel français ? Plusieurs écrivains québécois se posent d'ailleurs la même question «Le joual ? Le français québécois : le franglais ? Le français de France ?» () M. Gatti n'oublie jamais que tous ces aspects évoqués sont profondément ancrés dans le contexte québécois : «... le but principal de cet ouvrage est de susciter un débat sur la littérature amérindienne et de stimuler des réactions, quelles qu'elles soient, surtout chez les Amérindiens et les Québécois.» ()

Or, la question principale pour les auteurs reste quand-même celle de leur identité dont l'évolution est palpable, car un changement s'est opéré récemment : «A l'Indien vu par l'Autre, ils voulaient substituer l'Amérindien perçu, vécu et rêvé par lui-même. Ils voulaient en outre que le colonisateur connaisse le regard qu'ils portaient sur lui. Leur littérature est née principalement comme tentative de réponse et de réappropriation culturelle.» () D'où la définition proposée : «Un écrivain amérindien est celui qui se considère et se définit comme tel.» ()

Les chapitres consacrés aux faits sociologiques sont d'une importance et d'un intérêt fondamentaux. La consé-

cration est évidemment nécessaire, mais la question se pose : qui consacre les écrivains et au nom de quels critères ? Puis : existe-t-il d'ouvrages de référence ? Le discours sur l'oeuvre est devenu aujourd'hui une partie intégrante de la production même de l'oeuvre. () Les éditeurs ne se contentent plus de publier les manuscrits proposés, ils prennent l'initiative et passent des commandes aux écrivains — dit Gatti. Une politique éditoriale, bien présente aujourd'hui au Québec, peut agir en faveur de la littérature amérindienne. Mais il reste encore beaucoup à faire : «Au Québec, la distribution et la circulation de la littérature ne s'insèrent pas encore dans un réseau organisé, bien articulé et efficace. Diverses tentatives n'ont pas débouché sur des résultats durables et solides.» () Puis, une spécificité de la vie littéraire québécoise est évoquée : les prix littéraires et les bourses accordés aux écrivains. Même si ces deux formes d'aides sont bien développées et largement pratiquées au Québec, tous les problèmes ne se trouvent pas résolus. Car, il s'agit bel et bien d'un *business* littéraire, où la valeur de l'écrivain dépend de la place qu'il s'est assuré sur le marché et souvent les prix gagnés sont plus d'importance que le nom de l'auteur. Que vend-t-on alors ? Une oeuvre ? Un nom ? Autant de questions auxquelles les réponses sont à formuler, mais déjà la prise de conscience est une étape importante dans ce long processus de consécration.

«La littérature amérindienne passe à travers certaines étapes que la littérature québécoise a également connues» () — cette idée mène l'auteur vers la découverte de certains parallèles qui sont à remarquer par rapport par exemple à la *littérature migrante* — c'est-à-

dire à l'accueil d'un assez grand nombre d'écrivains au sein de la littérature québécoise dont les racines se trouvaient ailleurs. Leur consécration était facilitée, d'après l'auteur, par leur succès international, ce qui pourrait éventuellement arriver également aux auteurs amérindiens. Passer par la France, par Paris, est sans doute le chemin le plus sûr pour obtenir la consécration internationale et pourquoi pas québécoise. Une autre idée originale de l'auteur est de souligner que «La littérature amérindienne francophone du Québec [...] s'insère [...] dans le contexte immédiat de la littérature québécoise et dans le panorama plus large des littéraires francophones dont elle partage certains codes». ()

La conclusion du livre est rassurante : malgré les tâtonnements du début cette littérature émergente a un avenir promettant. Et notre conclusion serait alors aussi encourageante : le livre de Maurizio Gatti nous donne envie de lire les ouvrages de tous ces auteurs dont les noms surgissent sur ces pages et il nous incite à continuer les comparaisons, dans le domaine de la francophonie et même peut-être au-delà.

Éva Martonyi

Université Catholique P. Pázmány, Piliscsaba

François Cusset: French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États-Unis. Éd. de La Découverte/Poche, Paris, , pp.

Ce livre fort intéressant dont l'auteur est professeur de sociologie et de la communication aborde une question bien souvent posée : comment se fait-il que certains penseurs français, relativement peu connus au début de leur carrière

en France, obtiennent une renommée si importante dans les universités des États-Unis et comment cette réputation leur revient en France, en les posant ainsi sur un piédestal jamais connu auparavant. Ceux qui obtiennent ainsi le statut bien honorable de «maîtres-penseurs» contribuent aux mutations de la vie intellectuelle aux États-Unis mais, au-delà de cet exploit non négligeable, ils exercent une influence même ailleurs, pour ainsi dire à l'échelle mondiale.

L'intérêt du livre de Cusset réside dans le fait qu'il démontre combien l'histoire des idées est étroitement liée aux études littéraires et même si l'approche de l'auteur n'est pas proprement dite littéraire, il aborde de nombreux sujets qui sont présents dans le domaine des réflexions sur les manifestations spirituelles des dernières décennies, et ceci un peu partout dans le monde. Nous avons ainsi une bonne illustration du fait que les théories littéraires ne sont pas indépendantes des théories développées dans et par d'autres disciplines. Il suffit de rappeler d'abord l'apport important de la linguistique, puis celui de la sociologie, de la psychanalyse, de l'anthropologie, pour ne mentionner que ces disciplines pilotes de notre époque récente.

L'interdépendance des discours, l'interpénétration des idées et des terminologies sont autant de signes de la modernité voire de la postmodernité et nous mènent à reconsidérer nos notions anciennes et traditionnelles sur la culture en général et sur la littérature en particulier.

Qui sont alors ces théoriciens dont les noms reviennent si souvent dans les ouvrages théoriques ? Ce sont d'après l'auteur Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Jacques Lacan, Jean-François Lyotard, Jean Baudrillard,

Julia Kristeva et Michel Foucault — mais la liste n'est point complète. Dénoncés par certains comme représentants une « imposture intellectuelle », accusés d'avoir utilisé un « jargon » incompréhensible et exercé une véritable « intoxication verbale », ils sont portés aux nues par d'autres et ces derniers sont peut-être plus nombreux que les premiers. Cusset retrace les étapes de leur « fortune », comment ils ont fécondé, aux années / aux États-Unis rien de moins que « les politiques identitaires de l'université américaine » et comment ils ont servi de base théorique et pratique aux études nouvellement surgies, à partir des études minoritaires jusqu'aux réflexions critiques sur la communauté. L'auteur démontre par une extraordinaire richesse de textes et de toutes sortes de documents l'histoire glorieuse de la pénétration de ces théories dans les milieux intellectuels américains. Pour commencer, les préhistoires sont évoquées, notamment l'exil artistique et intellectuel français entre et , puis l'exportation intellectuelle de l'immédiat après-guerre (sur-réalisme, existentialisme et l'histoire des *Annales*) et enfin le véritable point de départ, le symposium de l'université John Hopkins en — reconnu retrospectivement comme l'élément fondateur de ce changement de paradigme. Les invités d'honneur y apportent un véritable « virus », Barthes, Derrida, Lacan, René Girard, Jean Hyppolite, Lucien Goldmann, Charles Morazé, Georges Poullet, Tzvetan Todorov sont tous présents, Genette, Jakobson, Deleuze envoient chacun un texte. La fin du structuralisme est annoncée et, tout en gardant certains de ses acquis, une nouvelle ère est proclamée dont les mots-clés sont désormais bien connus : poststructura-

lisme, deconstruction et la naissance de nouvelles recherches, de nouvelles approches, des *cultural studies*, des *gender studies*, des *queer studies*, etc.

Or, les représentants de la théorie française ne forment pas un groupe homogène. L'étiquette est inventée après-coup, comme c'est si souvent le cas au cours de l'histoire des idées, mais on y retient le relativement grand nombre de ceux qui se prononcent sur les questions de l'interprétation des textes, *a fortiori* littéraires. Tout en retraçant d'abord, dans la première partie du livre, l'histoire de *L'invention d'un corpus*, Cusset présente, dans la deuxième partie intitulé *Les usages de la théorie* celle des universités américaines de l'époque. Plusieurs universités de prestige, constituant un monde à part et vivant dans un désarroi généralisé, accueillent de bon cœur les idées dont elles ont un grand besoin pour se mettre à l'heure de la modernité. Non pas qu'elles manquent de savants et de théoriciens. Au contraire, à partir du *new criticism* (Stanley Fish), jusqu'aux études postcoloniales (Gayatri Spivak, Edward Said) et la philosophie postmoderne (Richard Rorty), tout y est, mais la rencontre avec la théorie française bouleverse les départements les plus divers et y laisse ses marques. Or, ce qui est le plus intéressant c'est que les idées d'un Lacan, d'un Foucault ou d'un Derrida sont réinterprétées, réappropriées par les milieux universitaires. Ceux qui en font l'usage y découvrent des éléments de pensée qui leur sont extrêmement utiles pour aller plus loin, non seulement pour fonder de nouvelles disciplines, mais aussi pour apprendre d'interpréter des phénomènes récemment surgis dans leur pratique quotidienne même.

La thèse du livre, relativement

simple, a sans doute aussi un aspect politique. L'auteur, tout en insistant sur les questions identitaires, proclame que les «maîtres-penseurs» dont il est question ont proposé, chacun à sa manière, une critique qui peut être considérée comme une critique sociale.

Mais ce qui est peut-être le plus frappant dans cette histoire c'est le fait que ces courants de pensée, développés aux États-Unis ont bel et bien retraversé l'Atlantique pour venir alimenter en France les débats théoriques et pratiques militantes d'un genre nouveau. Des textes jugés jadis illisibles voire incompréhensibles en France deviennent tout d'un coup tout à fait clairs après les relectures qu'en ont fait les universitaires américains et redeviennent désormais autant de points de départ pour le développement des disciplines nouvellement introduites, cette fois-ci dans les universités françaises : études multiculturelles, théories postcoloniales, etc.

Évidemment, la nouvelle mondialisation y est pour quelque chose, car l'université mondialisée pratique aujourd'hui «l'hybridation d'influences et la fécondation réciproque avec beaucoup plus de bonheur que l'importation directe et la vénération simpliste d'hier». (Cf. l'article de Fr. Cusset «Dépasser la French Theory» dans *Magazine littéraire*, N° 1000, octobre 2010, p. 100-101.) Et justement, c'est la mondialisation et l'hybridation comme résultat de ces échanges, non seulement dans la relation franco-américaine, présentée si brillamment par Fr. Cusset dont nous sommes les témoins aujourd'hui, mais aussi à travers le monde — car le poststructuralisme, la déconstruction et la psychanalyse ont fécondé toutes nos recherches. Aujourd'hui on ne peut pas mentionner, parfois à tort et à travers, le caractère rhizo-

matique de toutes les manifestations de l'écriture, et qui est-ce qui n'aura pas envie de *déshabiller les textes littéraires*? (Cf. Fr. Cusset, *Queer critics. La littérature française déshabillée par ses home-lecteurs*, PUF, Paris, 2010).

Avant de terminer notre aperçu succinct, ajoutons quelques remarques critiques. L'auteur insiste sur la marginalisation de ces mêmes penseurs en France, étant considérés comme des survivants des idées de '68, ce qui nous semble pourtant un peu exagéré, parce qu'ils ont tous fini par obtenir en France des postes universitaires voire des chaires au prestigieux Collège de France. En lisant les pages de ce livre, le lecteur est ébloui par la multitude des détails, par le grand nombre de micro-analyses, par les innombrables renvois aux sources : livres, articles, faits divers, etc. Certains critiques ont même reproché à Cusset de passer par beaucoup trop de *name dropping* et d'avoir constitué un amalgame de textes, l'ensemble étant assez difficile à digérer.

Dans sa postface, l'auteur constate, non sans satisfaction, que la France semble enfin rattraper le retard, dû à sa réticence de l'appropriation des théories multiculturelles et interdisciplinaires. Grâce aux traductions de plus en plus nombreuses et sa plus grande ouverture intellectuelle, de nouveaux centres de recherche se constituent et de nombreux colloques sont organisés. Ainsi, un véritable partenariat est en train de se constituer et on ne pourrait aucunement parler de crise ou déclin de la «théorie française».

Éva Martonyi
Université Catholique P. Pázmány, Piliscsaba